

La feminidad en el pensamiento de Karol Wojtyła: análisis de la obra *El taller del orfebre*

Patricia Miqueles Maldonado, Universidad Complutense de Madrid, España

Resumen: Este tema se plantea como una tesis teórica porque aborda la problemática de la feminidad desde la antropología de Karol Wojtyła. En sus escritos acerca de la moral sexual y de la persona, este autor, entrega bases que permiten elaborar respuestas a la temática actual del ser mujer y su rol en la sociedad. La perspectiva teórica de esta investigación es estudiar el trasfondo del personalismo ético en el pensamiento de este autor para analizar el valor de la feminidad. Respecto a la declaración de la hipótesis, se postula que Wojtyła presenta una nueva antropología que nos permite plantear claramente el significado de lo femenino; aquello se refleja en sus obras dramáticas y poéticas. Para este artículo se analizará el drama *El taller del orfebre* (1960) en el cual se puede observar qué se entiende por feminidad y cuál es el rol de la mujer.

Palabras claves: antropología, cuerpo, sexualidad, lo irreductible, acto, feminidad

Abstract: This topic is a theoretical thesis because it is about the feminity in Karol Wojtyła's anthropology. In his writings about sexual morality and the person, this author, gives the bases for to elaborate answers of the meaning of being woman and her role in society. The theoretical perspective of this investigation is to study ethical personalism in Wojtyła's thought for to analyze the value of feminity. About the hypothesis, it postulates that Wojtyła gives a new anthropology and this conception proposes the meaning of the feminity; that is reflected in his dramas and poetry. This article will discuss the drama *The Jeweler's Shop* (1960) in which one can observe what is the meaning of feminity and what is the role of woman.

Keywords: anthropology, body, the irreducible, act, feminity

¿Por qué Karol Wojtyła y la mujer?

El punto de partida es considerar la feminidad como un tema de reflexión que tiene una connotación mucho más profunda y que va más allá de la dimensión social: la mujer vista desde una mirada más sublime. Existe un reconocimiento, por parte de este autor, a mujeres que han llevado este tema al ámbito político y social, y es evidente que aún se deben mejorar ciertos aspectos de éste. Sin embargo, el interés de Wojtyła es “elevantar” el rol de la mujer e ir más allá de reconocimientos políticos y sociales (que por cierto, son justos y necesarios), no obstante, la belleza y el valor de la feminidad son los temas que tienen que estar en el trasfondo de la discusión cuando se busca definir el rol de la mujer en los campos de la familia, la política, el trabajo y la sociedad.

Por esta razón es importante saber quién es este autor. Si se realiza una lectura superficial, resulta paradójico, incluso irónico que: una persona de sexo masculino que perdió a su madre siendo muy niño (es decir, no contó con la presencia de una figura femenina), que no tuvo hermanas (su hermana Olga nació unos años antes que él y vivió sólo unas horas), que fue criado por su padre (un suboficial del ejército) y que finalmente optara por el sacerdocio y se convirtiera en el Pontífice de la Iglesia Católica, pueda entregarnos una reflexión acerca de la feminidad. Aparentemente no tiene nada que decirnos. Y sin embargo, a partir de estas “carencias” y/o “ausencias” el autor desarrolla ideas que iluminan el significado del ser mujer. Wojtyła fue una persona de una sensibilidad especial, y gracias a este aspecto nos puede entregar una mirada de la feminidad desde su masculinidad.

Esta sensibilidad se gestó y se desarrolló porque Wojtyła fue un hombre que vivió en la realidad. Fue poeta, actor, obrero, sacerdote, profesor universitario. Sufrió la invasión del nacionalsocialismo alemán y del comunismo ruso en su país (Polonia). Conoció además, a hombres y mujeres en un contexto de sufrimiento pero también de redención.



Wojtyla fue consciente de este tema, incluso ejerció un acto de *protofeminismo* (como lo define George Weigel, su biógrafo). En sus años como profesor en la Universidad Católica de Lublín (1954-1961), tenía a su cargo el seminario doctoral en el cual no sólo orientaba a sus alumnos en cuestiones filosóficas, sino que además los ayudaba para que obtuvieran puestos como docentes. Consideró que una de sus alumnas, la hermana Zofia Zdybicka (monja ursulina) podía ser contratada como docente en la Universidad porque dominaba todas aquellas temáticas relacionadas con la filosofía de la religión, sin embargo, su superiora se negó a conceder el permiso ya que estimaba que aquello podía ser muy escandaloso para la época. Sólo una superiora posterior accedió a que asumiera dicho puesto de trabajo.

Éste es uno de varios ejemplos de su experiencia de vida, que nos conduce a deducir que este filósofo realizó una rica reflexión –actual e insistente- acerca de la dignidad de la mujer, presentándose como una novedad. Y es que, cuando se estudia el pensamiento filosófico de Karol Wojtyla, pone de relieve que la persona es el centro de toda reflexión; apareciendo así, el papel de la mujer como un resultado lógico de todo aquel proceso reflexivo.

En este sentido, este artículo busca una respuesta sobre *lo irreductible de la mujer*, y la encontramos en su obra literaria porque este filósofo estima que el arte, y en su caso la literatura, es un medio para conocer la realidad. Sus poemas y dramas poseen una densa argumentación antropológica, contienen afirmaciones que describen a la mujer y Wojtyla lo hace desde la experiencia. Él como sacerdote acompañó a jóvenes y a matrimonios y de ese trato cotidiano logró conocer la realidad de los polacos de los años cincuenta y sesenta.

Su obra dramática *El taller del orfebre* (1960) es una de las tantas, y es la que hemos seleccionado para este artículo. A continuación procederemos a analizarla desde la concepción antropológica-filosófica de este autor, y centrándola específicamente en la figura de la mujer.

La concepción antropológica de Karol Wojtyla

Para comenzar, es necesario conocer la antropología que propone Wojtyla. Ésta se nos presenta como un aporte intelectual innovador y decisivo, debido a las siguientes razones: este autor, al rescatar los aportes de la filosofía clásica y moderna, nos presenta una antropología que es capaz de reunir no sólo la filosofía del ser y de la conciencia, sino que además la tradición tomista con la fenomenología, y todo esto desde la postura del Personalismo. De esta forma, se estima que en el pensamiento de Wojtyla se pueden encontrar sólidos argumentos que resguardan a la mujer de los ataques ideológicos y que permiten descubrir el significado de lo femenino al *objetivar el problema de la subjetividad del sujeto*.

Para la antropología personalista, la experiencia tiene un papel fundamental porque permite el acceso a la dimensión objetiva y subjetiva de la persona. La experiencia es importante porque facilita la comprensión de la subjetividad, demostrando que la persona es un sujeto que tiene experiencia de sus propios actos, posee conciencia de sí y un mundo interior. La experiencia, entonces, nos otorga algo nuevo y complementario: el conocimiento vivencial de la realidad, que se traduce en el hecho de que el hombre todo lo que experimenta lo hace dentro de sí.

Por lo tanto podemos señalar que el aporte de Wojtyla consiste en unir de manera armónica la objetividad y la subjetividad. Ambas se dan simultáneamente en la persona. Existe una realidad objetiva y externa, y en forma paralela la persona percibe esa realidad en su mundo interior. La renuncia a la objetividad (el problema de la filosofía moderna) deriva en un subjetivismo y en una pérdida de la realidad objetiva; la renuncia a la objetividad, por otro lado, genera un deterioro de lo más singular y propio de la persona que es su subjetividad y su conciencia de sí.

Es importante comprender y valorar lo que significa este trabajo filosófico. Lo que ha hecho Wojtyla es un aporte concreto para la historia del pensamiento, y en particular, para el personalismo. Pero los méritos de su reflexión no quedan aquí. Wojtyla siguió estudiando este tema, y consideró que ese mundo interior de la persona se podía profundizar aún más a través de un concepto que él denomina *lo irreductible*. Es decir, lo más íntimo de la persona es una realidad objetiva, la experiencia así lo demuestra, y a su vez, es una dimensión subjetiva en cada uno de nosotros. Por lo

tanto, la estructura de la autodeterminación y la moralidad son contenidos que permiten a la persona mantener esa armonía entre objetividad y subjetividad. La autodeterminación nos demuestra que la persona posee libertad de acción y además puede ser dueña de sí misma por medio de la autoconstrucción que va realizando de sus sucesivas elecciones. La moralidad, por su parte, se relaciona con la autodeterminación porque cada acción humana y cada elección poseen un contenido moral: la realización y la elección de lo bueno y verdadero o de lo malo y falso, demuestran que la moralidad es un hecho objetivo y real, pero a la vez *sucede en* el hombre y en esa persona en específico, por lo tanto, ésta no puede ser sustituida por *nadie*, es decir, la persona es incomunicable porque al momento de actuar su *ser* no puede ser sustituido por otra persona.

Juan Manuel Burgos, uno de los principales estudiosos y exponente del pensamiento de Karol Wojtyla en España, resume de manera concreta cuál es el significado de la antropología de este autor:

... el acto no solo nos revela el modo de ser fenoménico del hombre, sino que nos revela la estructura ontológica y antropológica que hace de ese ser una persona, a saber: la dimensión reflexiva de la consciencia, su capacidad de autoposesión y autodeterminación, la existencia y constitución de la subjetividad, la trascendencia de la persona sobre sí en el acto y su estructura autoteleológica. En definitiva, a través del análisis del acto (y quizá solo a través de él) descubrimos realmente qué significa ser persona en su sentido último y radical. Cabría preguntarse, por último, ¿cómo ha llegado Wojtyla a estas conclusiones? La respuesta es muy sencilla: aplicando su método. Ha partido de un hecho básico de experiencia, «el hombre actúa», y ha realizado un análisis transfenoménico que le ha conducido a las estructuras ontológico-antropológicas radicales de la persona. (Burgos, 2007, pp.127-128)

La Feminidad

Es importante comenzar desde la realidad. La feminidad se debe considerar como un dato de la experiencia. Sabemos que la experiencia, por su parte, se vincula con el proceso cognoscitivo del hombre (la experiencia es realidad y permite una comprensión realista del hombre), y esta experiencia comienza por una *experiencia o conocimiento del mundo* la cual es compleja, pero a la vez muy rica porque necesariamente conduce a la experiencia de lo humano: la persona al conocer se da cuenta que ella *es*. En definitiva, la experiencia de lo humano es la experiencia sobre el propio ser, y ésta al enriquecerse permite que lo femenino pueda irrumpir de manera singular. Esto quiere decir que la sexualidad no resulta indiferente a la persona porque la percepción del propio ser se realiza con elementos masculinos y femeninos, es la *unidualidad* de lo humano (en palabras del propio Wojtyla).

La experiencia de lo humano nos permite reconocer que la persona existe como varón o como mujer, y el sexo nos demuestra que existe simultáneamente una identidad (ambos son personas) y una diferencia (ser varón o ser mujer). Ambos poseen un cuerpo, y a la vez, cada uno tiene unas determinadas características, sin embargo, por el hecho de ser persona, tanto el varón como la mujer posee inteligencia, voluntad y afectos. Pero por otra parte, la diferencia sexual pone de manifiesto que nuestra naturaleza es limitada, es decir, se descubre una *alteridad*: por la diferencia sexual “mi persona” es distinta “a la otra”. Esta alteridad se expresa a través del cuerpo, el cual es apertura y donación para el otro porque la diferenciación sexual comunica la reciprocidad relacional, ya que la persona al ser consciente del propio límite asume que necesita del otro.

Es evidente que la diferencia sexual no se puede reducir a meros roles, sino que el ser persona sexuado se dirige a realizar una donación de sí para superar su limitación natural.

La pregunta por la persona es la pregunta por un *alguien*. Lo mismo se puede decir de la mujer. La mujer es persona con un sello de diferencia sexual que permite una *unidualidad* que es *relacional*¹. La feminidad es un atributo total de la persona con sus características: corpóreas (el cuerpo femenino posee unas determinadas características), psíquicas (en la mujer predomina –en rasgos bien generales- la intuición, el cuidado por los detalles, la atención hacia los otros y una mayor

¹ La *unidualidad relacional* es un concepto propio de Karol Wojtyla/Juan Pablo II, y se define como la diferencia entre varón y mujer, pero cuya *unidad* -dentro de estas dos formas de ser persona- facilita una *relación* de complemento que permite la conservación de la especie a pesar de que la persona está expuesta a la muerte.

integración entre su entendimiento, voluntad y afectos) y espirituales (la familia, la cultura, el destino de la humanidad dependen de la mujer, y ella está llamada a custodiarla, por lo tanto, esta misión no se puede rebajar).

Podríamos plantear la siguiente pregunta: ¿cómo la mujer vive -en su cuerpo, su psique y su espíritu- el mundo? Para profundizar en este ámbito comenzaremos por un análisis del significado del cuerpo humano, luego continuaremos con un estudio acerca de la importancia del ser sexuado, para finalmente comprender el significado de lo irreductible en la mujer. De esta manera se cimentarán las bases antropológicas de la feminidad, lo que a su vez, permitirá una comprensión de su dignidad y misión.

De este análisis se deduce que el cuerpo y el ser persona-femenina, *nos hablan implícitamente* del significado del amor como una primera aproximación.

El cuerpo es la expresión de la persona

Observemos cómo Wojtyła justifica la idea del cuerpo como expresión de la persona. Por un lado, el dinamismo interno del cuerpo (propio del organismo) actúa de manera independiente a la autodeterminación, no obstante esa autonomía del organismo es lo que se convierte en un nexo con el mundo sensible y externo tan necesario para la realidad corporal. Por otra parte, el cuerpo al ser visible necesariamente tiene una dimensión externa, es decir, el hombre se puede exteriorizar al mundo por medio del cuerpo y lo más fascinante de este hecho es que cada hombre posee una estructura que es individual y específica.

El autor señala que:

El cuerpo (...) es el terreno y de alguna manera el medio para realizar la acción y, junto a ello, para realizarse (completarse) la persona en la acción y mediante la acción. (Wojtyła, 2011, p.297)

Por lo tanto, el cuerpo refleja ciertas dinámicas que son internas y también visibles, pero a la vez nos demuestra que se pueden manifestar las estructuras propias de la persona como la autodeterminación y la autoposesión porque éstas se revelan sólo en la acción y a través de ella. Y si se manifiesta la capacidad de la autodeterminación es porque también se expresa el autodomínio y la capacidad de elección y decisión. Se puede decir que el cuerpo es tan importante que por medio de él se comunica la trascendencia y la naturaleza espiritual de la persona.

Por lo tanto, la operatividad se basa en la autodeterminación porque la persona cuando actúa decide sobre sí, de esta forma el sujeto pasa a ser objeto de sí llevando a cabo la objetivación en la libertad. Es indudable que el cuerpo es importante en el momento de la objetivación por dos razones:

1. Mediante el cuerpo se exterioriza y se expresa la persona en la acción. El cuerpo es el objeto de la actividad.
2. En la objetivación de todo el sujeto personal es importante la objetivación del cuerpo, es decir, el cuerpo es objeto de la propia acción personal. A la persona le pertenece tanto su cuerpo como su subjetividad.

La importancia del cuerpo en el momento de la objetivación permite comprender la siguiente frase de Wojtyła:

El hombre no «es» su cuerpo, sino que «posee» su cuerpo. (Wojtyła, 2011, p.299)

Con esta frase, el autor pone de manifiesto la importancia de la estructura de la autodeterminación y el rol que juega el cuerpo en ésta, porque el hombre “es” persona en la medida que se “posee” a sí mismo. La idea de “posesión” determina la objetivación en las acciones y también expresa la subjetivación. Es decir, el cuerpo pertenece a ese “yo subjetivo” pero no tiene una identificación con éste, ya que la relación de la persona con el cuerpo se manifiesta en el exterior, por medio de las acciones porque la persona al “poseer” cuerpo, logra dominarlo y puede, entonces, dominarse a sí mismo:

El hombre es consciente de manera particular de que posee su cuerpo cuando lo utiliza en su actividad como un medio obediente para expresar su autodeterminación. (Wojtyła, 2011)

La acción humana posee una diversidad de dinamismos que son específicos tanto de la psique como del soma, llevándose a cabo la acción por medio de una unificación. Ésta sería la integración de la persona en la acción:

Gracias a la integración, estos dinamismos participan en la autodeterminación, o sea, en la realización de la libertad de la persona humana. (Wojtyla, 2011, p.289)

En la obra *Persona y acción*², Wojtyla señala que el hombre se puede definir como una complejidad de carácter psico-somática producto de los diversos y múltiples elementos que le son propios y que a su vez están unidos entre sí. Sin embargo, se debe reconocer un predominio de lo psíquico por sobre lo somático ya que el primero tiende a condicionar al segundo.

De esta forma se pueden obtener tres ideas:

1. El cuerpo nos introduce en el mundo para habitar en éste. Por lo tanto la persona entabla una relación con su cuerpo, la cual se puede percibir por la experiencia. Y es que el hombre se va conociendo a sí mismo en la medida que distingue cuáles son sus debilidades, posibilidades y fortalezas; no obstante esto sucede cuando el hombre se encuentra frente a otros.
2. El hombre no se entiende a sí mismo aislado, sino que cuando se encuentra con otros. Es una dependencia dichosa, porque el hombre descubre su corporeidad en la medida que descubre a los otros.
3. Ese vínculo con el tiempo permite una llamada a la madurez y a la plenitud. De esta forma el cuerpo es una vía para la realización de actividades que son solamente humanas: actos de autodeterminación, vida interior, además de un carácter contingente. Por otro parte, el cuerpo diferencia a la otra persona del sexo opuesto y tienen la particularidad de presentarse como única e irrepetible:

...la corporeidad le remarca su excepcionalidad en el conjunto del cosmos: el hombre es, “el que es uno” –numéricamente uno- y en consecuencia “el que es desigual”; es decir, el que no encuentra relación de igualdad en la naturaleza con un sujeto interpelante. (Bañares, 1998, p.125)

En resumen: el cuerpo es la dimensión incondicionada de la persona, y que a su vez debe integrar otro aspecto de su realidad: su condición sexual. El sexo de la persona es un rasgo distintivo de ésta, por lo tanto, el ser-varón o el ser-mujer no se puede desvincular de la persona y a su vez no puede ser reducido.

La sexualidad

El hombre es un ser sexuado y pertenece a uno de los dos sexos, por lo tanto, el hombre y la mujer son personas y sus naturalezas no pueden cambiar. De esta forma, la persona sexuada se dirige a una determinada orientación:

La orientación del ser humano dictada por la pertenencia a uno de los dos sexos no solo se manifiesta en la interioridad, sino que también se desplaza hacia el exterior, si así puede decirse, y toma normalmente (...) la forma de una cierta tendencia natural, de una inclinación dirigida hacia el sexo contrario. (Wojtyla, 2009, p.60)

Wojtyla cree que es importante realizar un estudio fenoménico (exterior) del sexo. Este tipo de consideración permite observar que la inclinación sexual tiene una dirección específica: el otro sexo con sus respectivas características tanto físicas como psíquicas. Implícitamente aparece la idea de complemento,

² Sin duda *Persona y acción* (1969) es su obra más importante y refleja una preocupación por el tema de la persona. Wojtyla siempre estuvo muy interesado en la ética, pero para ello, estimó que era necesario contar con sólidos cimientos antropológicos. Éste es un estudio de carácter antropológico porque enfatiza quién es la persona *en la acción*. Esta idea permite extraer otros conceptos importantes para la antropología: acto, autodeterminación, consciencia, autodeterminación, transcendencia y participación. Wojtyla posee una visión completa de lo que significa *ser persona*, por lo tanto, su trabajo apunta a desafiar las tendencias reduccionistas de la filosofía contemporánea.

ya que el varón posee una determinada estructura psicofisiológica que la mujer no tiene, y viceversa. El complemento es una afirmación de la persona y de sus determinadas características, y, a la vez, un reconocimiento de la persona del otro sexo con sus propiedades específicas. *Reconocimiento personal* y *necesidad del otro* son las dos ideas que contienen el concepto de complemento.

El *reconocimiento personal* es un descubrimiento del propio cuerpo, de sus cualidades pero también de sus carencias: *se necesita del otro* porque se experimenta un límite, y solo en el otro, a raíz de sus rasgos psicofisiológicos, se encuentran particularidades que tienen un valor específico. Sólo en el sexo opuesto se pueden completar las propiedades que faltan a la propia persona.

La diferencia sexual se presenta como una realidad que no es estática porque la persona es sujeto y objeto de la acción. Y lo más importante es que las diversas actividades humanas que se realizan poseen un elemento dinámico que se vincula a la diferencia sexual.

Lo irreductible

Para Wojtyła, *lo irreductible* de la mujer se presenta como la aspiración de lo que debe ser la feminidad. El estudio de las características corporales y de la sexualidad demuestra que la mujer está llamada a una tarea sublime. Probablemente es una misión más oculta, pero no menos importante. Y es a partir de este punto, precisamente, cuando comienzan las discusiones y debates; sin embargo, el rol de la mujer trasciende lo social. Si equiparamos las tareas del hombre y de la mujer a un nivel de *igualdad*, caemos en un reduccionismo. Esto no quiere decir que no se deba reconocer los derechos de las mujeres, no obstante el reconocimiento de derechos no significa admitir que la mujer es igual al hombre. Existen diferencias, y son éstas las que entregan una riqueza sin igual a la existencia humana.

En este sentido, la poetisa y filósofa católica Gertrude Von le Fort tiene una reflexión muy interesante relacionado con este tema en su obra *La mujer eterna*³. Este estudio demuestra que existen virtudes que se asocian con la imagen femenina, como la caridad, y que en el varón *deberían* estar presentes para que él pueda realizarse plenamente como persona. Lo mismo sucede con la mujer, ella necesita cualidades masculinas para no menguar su misión personal: la custodia de la humanidad. Siguiendo en este ámbito, existen dos aspectos de la mujer que para Gertrude Von le Fort son fundamentales: por una parte existen unas apariencias inmutables de la imagen femenina empírica que son “eternos” (ciertas características corporales y psíquicas que ya nos hablan de una maternidad, que puede ser física o espiritual). Y por otro, existe un aspecto “cósmico-metafísico” de la mujer. Esto quiere decir que la feminidad, para esta autora, se presenta como un misterio y por esta razón ella habla de una categoría religiosa.

Estos dos aspectos que nos menciona esta autora alemana se concentran en un concepto que es el llamado *genio femenino* (idea acuñada por Wojtyła/Juan Pablo II) y el cual expresa el sello espiritual que es una dimensión muy propia de la mujer y que debe pronunciarse a través de un lenguaje adecuado. Éste sería la dimensión de *lo irreductible* de la mujer. No obstante, muchas veces la categoría metafísica se convierte en un aspecto inaccesible. El misterio guarda relación con este difícil acceso hacia una descripción de la feminidad (aunque no es imposible de develar). Por esta razón Le Fort justifica el lenguaje y señala que:

¿Pero en qué lenguaje debe hablarse más allá de este final? Nosotros sólo podemos captar lo metafísico bajo el velo de la forma; o sea, sólo allí donde nos vemos otra vez empujados hacia el terreno de lo relativo temporal. (Le Fort, 1965, p.16)

El velo aparece como un símbolo metafísico que se puede concretar en una actitud específica: la entrega incondicional. La mujer velada representa la sencillez, lo escondido, es el cuidado, la protección (que también es una labor escondida). No obstante *lo escondido* está mal visto por el mundo. El misterio metafísico es *la entrega* que es el motivo de lo femenino. Se observa a lo largo de toda la creación las diversas imágenes femeninas (la tierra virginal, el animal que es madre, la novia, la

³ (1965). Madrid, España: PATMOS-ediciones Rialp.

esposa, la madre humana –especialmente ésta-) tienden hacia la donación, la bondad, la intuición, es decir, una afición hacia lo espiritual y sobrenatural.

La descripción del sello espiritual de la mujer es un intento de concientizar a ésta en su misión universal de custodiar la humanidad. El pensamiento materialista no es capaz de valorar esta tarea porque no estima ni aprecia este aspecto: la materia rechaza el espíritu. Y sin embargo, observamos desde el punto de vista fenomenológico que en la mujer existen signos corpóreos y psíquicos que van encaminados hacia algo mayor. La descripción del sello espiritual significa realizar una lectura *transfenoménica* de la experiencia de la feminidad.

Para Wojtyla, el *genio femenino* está llamado a la preservación de la humanidad porque es la mujer quien puede comprender el significado de la entrega y el cuidado de la humanidad. Y esta afirmación tiene su cimiento en la realidad: *la vida natural* (la diversidad excepcional de la naturaleza de la persona en dos sexos, una antropología relacional, los datos que entrega la corporeidad y la hermenéutica que se desprende de ésta, entre otros aspectos) es la que permite la fundación de *la vida del espíritu* (entrega, apertura, acogida, cuidado por el otro).

Se puede decir que lo irreductible de la mujer se comprende en la medida que asumimos la complementariedad de la vida. De una u otra manera, este análisis ha estado marcado por la idea del amor cuyo fin es entablar una relación entre personas donde el otro considerado como un bien (y viceversa) en la medida en que cada persona conozca el fin personal al que está llamada.

¿Cuál es la finalidad de la mujer? Se puede decir que la entrega de la vida a cada persona ¿Cuál es el bien que ella ve en el otro? Ella puede reconocer la humanidad y por lo tanto existe la necesidad de un cuidado exquisito de la vida ¿Cómo realiza esta finalidad? En escondido. Este es el aspecto más difícil de asumir, y sin embargo, esta tarea escondida y anónima es la que ha salvado a la humanidad a lo largo de la historia. Probablemente sería importante seguir divulgando esta misión femenina, no con el fin de modificarla, sino que se pueda valorar como debería ser.

La mujer en *El taller del orfebre*

En la obra *El taller del orfebre*, escrita por Karol Wojtyla en el año 1960, podemos descubrir una serie de claves que describen el significado de *lo irreductible* de la mujer. Comenzaremos citando un breve resumen de la obra:

La aptitud poética de Wojtyla se despliega de modo hermoso en el relato que *The Jeweler's Shop* (*El taller del orfebre*) hace de tres matrimonios. Andrew y Teresa compartían su vida sólo brevemente, hasta que él cause baja en la guerra, dejando sola a Teresa en la crianza de su pequeño hijo, Christopher. Stefan y Anna sobrevivieron a la guerra, pero su matrimonio cae en la mutua indiferencia, y más tarde en la hostilidad. Stefan da el amor por sentado y, por tanto, el amor se marchita. Por su parte, Anna anhela un amor más perfecto, por lo que sofoca el amor imperfecto al que se le requería dotara de mayor perfección. La difícil relación de Stefan y Anna marca profundamente a su hija, Mónica, del mismo modo que crecer sin padre supone una carga en el hijo de Teresa, Christopher. Cuando se enamoran, Christopher y Mónica llevan consigo el dolor y el peso de sus historias familiares. Precisamente a causa de esa carga, encarnan también la esperanza en la redención del mal acumulado durante años, tanto para sí mismos como para sus padres. (Weigel, 1999, p.167)

Decíamos que este drama fue escrito en el año 1960. Ese año fue sumamente importante porque se estaba viviendo el clímax de la revolución sexual, cuyo inicio fue a mediados de la década de 1950 a raíz de la invención de la píldora anticonceptiva. Esta revolución estuvo marcada por un discurso de corte liberal lo que significó un cambio radical en la conducta y en la moral sexual de las parejas y de los matrimonios. Por esta razón, Wojtyla escribió ese mismo año una obra titulada *Amor y responsabilidad* (un estudio de la moral sexual católica), que junto con esta obra de teatro, tenían el fin de exponer que la sexualidad no se puede disociar de la persona.

Muchas de las situaciones que se relatan en el drama mantienen una especial vigencia: los conflictos propios de cualquier matrimonio, el sufrimiento de los hijos, la proyección del futuro, las ausencias físicas y/o espirituales, y el matrimonio visto desde el amor (y no como una imposición).

Probablemente, la gran diferencia es que en la actualidad el matrimonio no es considerado como una institución tan importante como en aquellos años.

La novedad radica en que el autor se había basado en hechos reales: Wojtyla, siendo un joven sacerdote tenía a su cargo un grupo de matrimonios con quienes solía reunirse periódicamente para entregarles una formación intelectual y espiritual; y, además, en tiempos de vacaciones se iban todos juntos de excursión a las montañas. Fue así como se formó una familia de amigos. Wojtyla bautizó a este grupo con el nombre de *Srodowisko* que literalmente significa “medio ambiente”, pero el sinónimo más adecuado sería “entorno”. A partir de esta experiencia de “familia” Wojtyla fue conociendo el realismo del amor humano.

Al leer su obra queda la impresión de que el autor conoce muy bien la psicología humana. Describe con precisión las emociones, los dolores, las inseguridades, los conflictos, los pensamientos de los personajes, especialmente de las mujeres que aparecen en el drama. Este aspecto es fundamental porque la liberación sexual de los años sesenta fomentó la aparición de discursos feministas cuyos mensajes apelaban a la igualdad de los sexos. A partir de este drama podemos comprender cuál es el significado de *lo irreductible* de la mujer y por qué el actuar femenino está marcado por un sello espiritual, que va más allá de consideraciones sociales.

Wojtyla no tiene la intención de idealizar a los personajes ni los representa de forma *maniquea*. Es realista porque los describe con defectos y virtudes, especialmente esto se observa en el papel de uno de ellos cuyo nombre es Ana. En ella captamos la desesperación, las decisiones inmaduras y finalmente un proceso de aceptación de la culpa; en ella vemos el error y también la posibilidad de la redención.

Otra característica que se debe señalar es que Wojtyla no se centra en descripciones de tipo física. Él busca explicar el significado del *ser* de la mujer desde el punto de vista psíquico y espiritual, y, a partir de estos aspectos se puede construir una imagen de la mujer, ya que logra preservar en cada uno de los personajes femeninos la delicadeza, la intuición, la suavidad en los gestos y una profunda vida interior.

Este drama poético se caracteriza por rescatar a la mujer y posicionarla como una protagonista discreta, aunque su presencia vigorosa marca el ritmo de esta obra. Ésta narra la historia de tres parejas, no obstante, *a partir de las tres mujeres* se desarrolla la trama acerca del amor humano. De hecho, resulta curioso el devenir de los personajes masculinos: Andrés, es uno de ellos, quien al fallecer genera que Teresa se convierta no sólo en protagonista, sino que en una mujer abnegada, entregada y que llega a ser capaz de superar con fortaleza el dolor de la partida de su marido para darse por completo a su hijo Cristóbal. Luego Esteban, cuyo silencio es revelador (sólo tiene un monólogo al final de la obra) porque a partir de él conocemos cómo una mujer sufre, cómo Ana lleva en su cuerpo y en su alma la carga del dolor. Gracias a ella (y al silencio de Esteban) comprendemos una característica muy típica femenina: la interiorización. Finalmente, Cristóbal es huérfano de padre, y sin embargo, comprende que su vida puede seguir una dirección certera gracias al apoyo y a la presencia incondicional de su madre Teresa y de su novia Mónica. Ésta última es un personaje sumamente interesante porque a pesar de ser una chica temerosa y retraída, que siente un profundo dolor por el alejamiento de sus padres, tiene la valentía y la determinación para emprender una nueva vida junto a su prometido.

A continuación expondremos cómo Wojtyla logra describir a las figuras femeninas dentro de un realismo, es decir sus personajes tienen debilidades y también virtudes.

La ausencia

En el caso de estas tres mujeres se destacan las virtudes de la fortaleza y la esperanza, las cuales aparecen con mayor intensidad cuando los personajes deben vivir la *ausencia* de alguien que les resulta significativo en sus vidas. En este sentido es importante mencionar que la ausencia tiene un potencial revelador, es decir, la vida de los personajes se ve trastocada cuando desaparece alguien que puede ser importante, y a partir de esta separación es cuando el personaje inicia un proceso de madurez por medio del duelo, el dolor, la resignación y finalmente la aceptación de esa realidad

personal que debe vivir. Todos los personajes de Wojtyla viven este proceso, y lo sobrellevan (algunos mejor, otro peor) cuando comprenden que el sentido de sus vidas lo encuentran en la donación hacia el otro. En el caso de los personajes femeninos, será a través del darse a sus hijos y familia.

El caso de Teresa es singular. Con la muerte de su marido se hace realidad uno de sus temores: la soledad. Al quedarse sola con su hijo, ella tomó la resolución de *no dejarse paralizar por el temor* y emprender una vida en donde la soledad es una realidad. A pesar de su viudez se entregó por completo a su hijo para suplir, dentro de sus posibilidades, la *ausencia* de Andrés.

Ana es una mujer marcada por el sufrimiento y la decepción del amor producto de la *ausencia* de Esteban. Se observa que existe una realidad humana muy clara, y es que el hombre siempre necesita tiempo para ponderar sus actos y sus decisiones; y a la vez, cuenta con la esperanza de que siempre se puede volver a comenzar, situación que se observa claramente en el devenir de este personaje.

Mónica es reflejo de que la predestinación no existe. Todo parecía indicar que por sus miedos ella no tendría el coraje de intentar una vida junto a Cristóbal. La *ausencia* de sus padres es un hecho doloroso para cualquier hijo, pero vemos su madurez al depositar su confianza y al determinarse a vivir *junto* a Cristóbal la superación del dolor y la construcción de una vida.

El pensamiento femenino

Un segundo aspecto es la descripción del pensamiento femenino con detalles y prolijidad. Wojtyla consigue penetrar en el pensamiento y logra transcribirlo. El lector, especialmente si es mujer, puede comprender la versatilidad y la facilidad que tiene la mujer para abarcar, casi simultáneamente, varios temas.

Teresa es el personaje que mejor encarna esta situación. Puede recordar el pasado, estar atenta a qué tipo de zapatos necesita para la boda, y, a la vez, puede imaginar su ceremonia de bodas. Es decir en un mismo instante sus pensamientos comprenden desde lo más simple hasta lo más profundo, retrocediendo al pasado, pensando en el presente e imaginando el futuro. Veamos un ejemplo:

Pero la imaginación trabajaba. Como un espejo me veía a mí misma –vestida de blanco- arrodillada junto a Andrés. Él lleva su traje negro. Al entrar en la iglesia, era yo casi tan alta como él, así que no había desproporción alguna.

(Tendré que comprarme unos zapatos de tacón alto, como los que he visto hoy en aquel escaparate).

Y de pronto –la cosa más extraña- e inesperada: mientras estábamos así ante la tienda del orfebre, nos vinieron a la memoria fragmentos de cartas que nos habíamos escrito en años anteriores.

(...)

La imaginación seguía trabajando con intensidad creciente, volaba sobre los recuerdos y el pasado, hacia un futuro, cuya imagen era cada vez más cercana.

Me veo junto a Andrés, le igualo en estatura. Nos sentimos elegantes y, en cierta manera, maduros – hemos ido madurando a lo largo de tantas cartas intercambiadas durante aquellos años.

Seguimos frente a aquella tienda para escoger juntos nuestro destino.

Pero el escaparate se ha convertido en el espejo de nuestro futuro y refleja ahora su forma. (Wojtyla, 1980, pp.20.23)

Probablemente por medio del personaje de Ana podemos comprender cómo vive la mujer el dolor y todo lo que éste significa, una vez que se penetra en el misterio de su pensamiento. En ella también se pueden observar saltos en los tiempos (retrocede al pasado, vive el presente y proyecta el futuro). Inevitablemente se mezclan los sentimientos, porque para esta mujer el dolor toma tal intensidad que llega un momento en la historia que termina desahogándose con un extraño (y es consciente de ello). El despecho la conduce a exponer –si filtro alguno- un monólogo que tenía preparado desde hacía mucho tiempo para descargar toda la rabia que sentía por Esteban. Se encandila fácilmente con Adán (el personaje desconocido que conoce en la calle) y no logra comprender las palabras misteriosas que él le transmite: la anuncia la pronta venida del Esposo. El desamor la lleva a buscar a ese Esposo de manera desesperada, piensa que ese Marido se encarna en otra persona que no sea Esteban, no obstante, la realidad es otra: debe reconciliarse con su realidad para reencontrarse con su marido.

Por otra parte, el rencor le impide asumir sus culpas. Y sólo al ver cómo su hija es capaz de creer en el amor; por lo tanto, a partir de ese momento, Ana comprende que también está llamada a reedificar su matrimonio.

Mónica vive algo parecido a Teresa, su suegra: en el taller del orfebre es capaz de mirar y analizar simultáneamente su pasado, su presente y su futuro. Su sufrimiento es intenso, pero sus acciones son más moderadas. No obstante, ella sufre en cuerpo y en alma, igual que cualquier mujer.

El pasado es importante en la vida de cada persona, pero no se puede convertir en un elemento que condicione la vida. Es decir, Mónica asume una nueva vida junto a Cristóbal con una historia pasada, pero que no debe ser determinante en el futuro de ambos. Es probable que las crisis aparezcan en diversos momentos de la vida, y ellos deberán buscar respuestas en sus acciones y decisiones pasadas, para superar ese presente espinoso y preparar un futuro esperanzador.

Para Mónica es inevitable pensar en el día de la boda. Imagina cómo actuarán sus padres ese día, y como los conoce tan bien, cree que será como un *ensayo teatral*, en el que cada uno asumirá un rol: Esteban como si fuera el marido de Ana, y Ana como si fuera la esposa de Esteban. Mónica habla desde la experiencia, y queda la impresión de que estos roles, tanto Esteban como Ana, ya los habían asumido en más de una oportunidad. Es inevitable que Mónica empiece, desde ese momento, a sufrir por cómo será el comportamiento de sus padres ese día.

No obstante, el presente de Mónica se compone de un pasado doloroso, pero que proyecta una esperanza. Y Mónica, sin renunciar a su historia personal, decide elegir la esperanza, la cual que construye de la mano de Cristóbal.

Los sentimientos

Cuando el pensamiento de la mujer se encuentra cargado de sentimientos, la energía, la pasión y el ardor revelan la intensidad de cómo siente una mujer. Es propio de la mujer el poder internalizar (o de vivir en el interior) todas las experiencias que se le aparecen como importantes para su vida.

Teresa tiende a ser una mujer muy reflexiva, lo que es una virtud, pero también una manera de no asumir sus sentimientos. En el pasado, disimuló su pena al saber que Cristóbal no se interesaba en ella. Escondió su miedo cuando vivió una confusa situación en el bosque; además, en esa oportunidad, ocultó sus sentimientos al darse cuenta que ella estaba sola, y que a la vez no estaba hecha para eso.

Ella dice ser *dura como la madera*, y Andrés lo sabe bien, y en un momento determinado se lo hizo saber: vive con un temor disfrazado.

Teresa, que ha vivido durante algún tiempo la experiencia de sentir crecer a Andrés dentro de sí, sin, no obstante, ser en principio notada ni amada por él, en el curso de una excursión a la montaña en la que su amigo se interesa visiblemente por otra chica, oye una llamada. Todos las oyen y responden, pensando que debe tratarse de alguien que se ha perdido, pero sus llamadas no son seguidas de ninguna respuesta. La primera llamada y las siguientes no se han cruzado y la llamada a romper la soledad no se ha oído. Esto es, seguramente, un símbolo, para Teresa, del desinterés de Andrés para con ella. Pero es también una premonición del dolor que reserva la vida: en el curso de ella, en efecto, es raro que el amor se le ahorre la prueba. (Buttiglione, 1992, p.294)

También observamos cómo sus sentimientos afloran al saber que su hijo se ha comprometido con Mónica. Quiere *ponderar todo en el corazón*, y a la vez, le resulta inevitable recordar su historia con Andrés y pensar en el futuro de su hijo. Por lo tanto, vemos en ella una tendencia a aspirar a un equilibrio emocional.

Ana es apasionada. Probablemente así inició su amor junto a Esteban, y esta misma pasión se convirtió en una dolorosísima frustración al ver que los sentimientos decaían con el paso de los años. Ella considera que el amor es emoción, lo cual es un error. Es decir, en el amor existen las emociones, pero el amor no es simple agitación.

Los acontecimientos de los últimos días me han trastornado. No pude evitar la amargura al recordarlos. Lo amargo es el sabor de la comida y la bebida, pero también es sabor interior –sabor del alma, que siente la decepción o el desengaño. Este sabor penetra en todo lo que hacemos, decimos o pensamos; aparece incluso en nuestra sonrisa.

(...)

Esteban me escuchaba, pero no noté que le impresionaran demasiado mis palabras. Por ello me sentí cada vez más dolida.

(...)

Esteban de pronto dejó de estar dentro de mí. ¿También había dejado yo de estar dentro de él? ¿Era mera sensación de que no estaba ya dentro de mí? ¡Qué extraña me sentía al principio en lo hondo de mí misma! Como si me hubiera ya desacostumbrado a las paredes de mi interior –tan llenas habían estado de Esteban, que sin él me parecían vacías.

(...)

En apariencia nada cambió. Esteban se comportaba casi como de costumbre, pero no sabía cicatrizar la herida, que me quemaba el alma. No la sentía, no le dolía en absoluto.

(...)

Esteban parecía seguro de que no debía curar nada. Me dejó con la herida oculta.

(...)

No quería sentirme como objeto que no se puede perder, cuando se ha adquirido en propiedad ¿Había en todo esto un algo de egoísmo?

(...)

Soy madre. En el cuartito de al lado cada noche se dormían nuestros hijos: Marcos, el mayor, Mónica y Juan. En la habitación de los niños reinaba el silencio –por el alma de nuestros hijos no había pasado aún la grieta de nuestro amor, que yo sentía ya de modo doloroso (Wojtyla, 1980, pp.37-40)

La pasión la lleva a soñar e idealizar. Se impresiona con Adán, y mal interpreta sus palabras (no las reflexiona a su debido momento producto de esta pasión tan intensa) y cree que la venida del Esposo se concretará con la llegada de alguien *distinto* a Esteban. Su decepción es tan aguda como su pasión inicial, al darse cuenta que el Esposo es justamente el mismo Esteban.

Quise pedirle su dirección (tal vez, algún día, podría escribirle). Luego anduvimos un poco por la calle. ¡Me sentía tan bien acompañada de aquel hombre! Me impresionó sobre todo su figura, tan varonil y dueña de sí. Tenía una expresión pensativa, con cierta sombra de dolor (¡qué diferente era de Esteban!). Cuando volvimos al mismo punto, Adán dijo de pronto: Esta es la tienda del orfebre, dentro de poco pasará por aquí el Esposo. (Wojtyla, 1980, pp.46-47)

Mónica es quien representa la fragilidad, lo que no significa debilidad. Su relato acerca de su propia descripción, es honesto pero también valiente. Wojtyla expone sus debilidades, pero con maestría logra hacer de ellas la fuente de su fortaleza.

Tomas una muchacha difícil, demasiado sensible, que se encierra fácilmente en sí misma y rompe con dificultad el círculo en el que su propio «yo» la recluye sin cesar. Tomas una persona que absorbe quizá más de lo que tú eres capaz de darle, y da, a cambio, con excesiva parquedad. Mi madre me lo ha reprochado a menudo –y, ciertamente, es así. Ahora incluso lo veo con mayor claridad y precisión de cómo ella parecía verlo. (Wojtyla, 1980, p.81)

El matrimonio

La visión del matrimonio desde la perspectiva de la mujer, se caracteriza por la lealtad. Esta cualidad está sujeta a diversas interpretaciones: por un lado se puede confundir con sumisión, ya que algunos (especialmente algunas feministas radicales) interpretan la lealtad bajo la óptica de la dialéctica señor-esclavo; por lo tanto, la mujer que es leal en el matrimonio es aquella que es capaz de soportar todo tipo de situaciones, incluso algunas vejaciones. Éste no es el mensaje que Wojtyla quiere transmitir. La mujer leal es aquella que puede sufrir diversos vaivenes, incluso algunas tentaciones de abandono; sin embargo, lo que motiva su lealtad al matrimonio y a su familia es el amor, el cual se sobrepone a los estados de ánimo y se convierte en una certeza en la propia vida.

La lealtad es explícita en el caso de Teresa, la cual se observa tanto en su relación con Andrés (nunca se quitó la alianza a pesar de su viudez) como con su hijo Cristóbal (a quien acompañó en todo momento, hasta el día de su boda que significó la partida del hogar para formar su nueva familia).

Había abierto tantos senderos en mi conciencia, que por doquiera se iniciara el pensamiento, debía toparme con alguno de ellos.

(...)

Nuestra unión ha quedado en este hijo, nada más. Cristóbal ha ido creciendo. Andrés no ha muerto en mí, no cayó en ninguna guerra, no tenía que volver siquiera, porque de algún modo está presente. (Wojtyla, 1980, pp.73-75)

Ana no se da cuenta, pero en ella existe una lealtad que es desconocida porque a pesar de su desilusión, inconscientemente sigue esperando a Esteban y lo hace por sus hijos. Esta lealtad la descubre cuando su hija Mónica contrae matrimonio, lo que se convierte en un signo de esperanza para volver a rehacer su vida con Esteban.

El antiguo amor juvenil por aquel hombre se ha secado, como la fuente que no puede de nuevo manar de la tierra. Pero he procurado creer en él y en un cierto orden, en una cierta armonía del mundo, de mi vida también. Además, ya no le desprecio, he dejado de alimentar el desconsuelo, el terrible desconsuelo de la vida, que él me ha echado a perder. He comenzado a buscar la culpa también en mí misma. La había. Ya no interrumpo sus conversaciones. Ya no me callo para humillarle. Tal vez ha cambiado –no lo sé. Pero se ha vuelto menos irritable. A él también le es más fácil ahora soportar mi presencia. Ya no nos alejamos el uno del otro a la velocidad de antes. Ahora parece como si todo se hubiera detenido. ¿Vivimos el uno del otro? Creo que no. Más bien vivimos de los hijos. Mónica es la más difícil, ha sufrido la que más nuestra obra destructora. (...) Que el Esposo debía tener el rostro de Esteban- lo comprendo ahora. Pero he quedado como una virgen necia, a la que faltó aceite- y la lámpara brilla débilmente, consumiendo casi cada una de las fibras de mi alma (Wojtyla, 1980, pp. 95-97)

Mónica desea ser leal porque a pesar de sus temores, ella elige hacer su vida junto a Cristóbal.

Desde ahora hemos de ir juntos, Cristóbal, juntos, aunque un día llegare a ser una extraña para ti, como mi madre lo es para mi padre.

Por esto, durante mucho tiempo, he tenido miedo del amor. Hoy, temo todavía por el amor, por este desafío del hombre. (Wojtyla, 1980, p.81)

La visión del varón

El *aporte masculino* es una de las mayores riquezas de este drama. No sólo porque el autor es un varón, sino porque además es un escrito basado en experiencias reales. Esto es lo que le otorga una valiosa credibilidad al momento de analizar los personajes.

Andrés tiene la particularidad de centrarse en el momento presente, a diferencia de Teresa quien con mucha facilidad se remonta al pasado e imagina su futuro. Este personaje con sencillez varonil explica algo tan particular como es el proceso de enamoramiento. Se sintió profundamente atraído por el exterior de varias mujeres, sin embargo, fue gracias a Teresa, que pudo comprender las dimensiones reales y verdaderas del amor. De cierta manera él nos viene a revelar el significado de la fortaleza femenina por medio del personaje de Teresa.

Teresa –Teresa – Teresa – como un punto singular en mi maduración- ya no prisma de rayos aparentes, sino ser de luz verdadera. Y sé que ya no puedo ir más lejos. Sé que ya no seguiré buscando. Sólo me estremezco al pensar cuán fácilmente hubiera podido perderla. Durante varios años caminé junto a mí y yo no sabía, yo no sabía que era ella la que avanzaba y crecía. Me resistía a aceptar lo que es hoy mi don más preciado. Después de estos años veo claramente que los caminos que pudieron separarnos son lo que al fin nos han unido. Estos años han sido el tiempo indispensable, para podernos orientar en el complicado mapa de los signos y los símbolos. Tiene que ser así. Hoy veo que su tierra es también mi tierra, y yo soñaba con tender un puente (Wojtyla, 1980, pp.12-13)

Cristóbal reconoce la labor de su madre y sabe que ha vivido siempre en la soledad. A igual que su padre, mientras estaba en el taller del orfebre, se centró en el momento presente, y se dedicó a observar cómo Mónica vivía con intensidad ese momento crucial.

Gracias a Cristóbal podemos conocer los signos de la maternidad de Teresa, y la valentía de Mónica para determinarse a superar su pasado y elegir la construcción de una nueva vida.

Más de una vez me he despertado de noche -y al punto mi conciencia estaba junto a ti. (...) Así luchaba horas enteras, sin poder conciliar el sueño hasta la madrugada con una especie de tentación de huida -pero ya no puedo más. Desde hoy hemos de ir junto, Mónica, junto, aunque tenga que dejarte tan pronto como mi padre dejó a mi madre. Hay que abandonar todo aquello y crear el propio destino desde un principio. (Wojtyla, 1980, pp.80-81)

Adán es quien analiza con profundidad a Ana. Por medio de él podemos comprender la dimensión de su sufrimiento y cómo es la ceguera del desamor. De una u otra manera este personaje misterioso se manifiesta como una voz de la conciencia, y probablemente por esta razón podemos conocer con mayor profundidad la intimidad del dolor de Ana (y en general, cómo es el sufrimiento de una mujer).

La mujer que encontré junto a la tienda del orfebre no estaba allí al acaso- estoy completamente seguro. Pienso, en cambio, que fue pura casualidad el que trabase conversación con ella, y por eso sin duda la mujer me abrió toda su vida. Se lamentaba, al final, de que el viejo orfebre no quisiese comprarle la alianza, que ahora le parecía a ella perfectamente inútil.
(...)

Muchas cosas me contó Ana a propósito de Esteban, como si yo tuviese que ser su juez y ejecutor del veredicto. Pero el orfebre no estaba, y nadie había que pudiera confirmar las palabras de Ana. (Wojtyla, 1980, p.45)

La maternidad

La maternidad es un rasgo presente, aunque no del todo desarrollado. Este aspecto se encuentra descrito con más detalles en el personaje de Teresa, quien es capaz de superar la soledad de la viudez y darse por completo a su hijo, tratando de suplir una ausencia (aun sabiendo que las personas nunca son reemplazables). Teresa, en parte, logra cumplir su cometido, porque Cristóbal es un joven con miedos, pero comprende que estos se superan si se enfrentan. Asume el reto de vivir junto a Mónica, y reconoce que su madre ha sido un pilar fundamental, ya que su imagen siempre ha estado presente. El modelo de feminidad lo ha aprendido de ella.

Conclusiones

Finalmente, podemos decir que *El taller del orfebre*, es una obra marcada por el realismo. Las características femeninas que se han mencionado, están presentes en toda persona humana, sin embargo, en la mujer adquieren una particularidad especial. Veamos cada uno de los aspectos mencionados. La ausencia de personas puede marcar una vida, y Wojtyla destaca la fortaleza de estas mujeres para sobreponerse y encontrar un sentido a esa ausencia que no es otra cosa que el darse a los demás; por lo tanto, en la mujer observamos que ese *darse* producto de una *ausencia* es lo que permite que la maternidad, tanto física como espiritual, cobre un sentido fundamental en la vida de estos tres personajes femeninos. Por su parte, el pensamiento femenino se caracteriza por transitar por distintos momentos y tiempos sin perder de vista la idea central o lo que se está viviendo en esos instantes, a diferencia del pensamiento masculino que se centra en una idea y en el momento presente. Los sentimientos son mucho más intensos y la mujer tiende a interiorizarlos y a experimentarlos desde lo más profundo de su cuerpo, basta con identificarse con el drama emocional con que carga el personaje de Ana. Finalmente el matrimonio y la maternidad son dos hechos que, para las mujeres de este drama, se encuentran muy relacionados y que de alguna manera se convierten en el principal motivo para perseverar a pesar de los dolores porque detrás de todo se encuentra el verdadero amor.

La vida de estas mujeres tiene como eje central al amor (eje que debería estar presente en la vida de toda persona), y Wojtyla busca presentar al amor no como un mero sentimiento, al contrario en este drama existe un llamado a superar el romanticismo. El amor es mucho más que eso ya que la vida tiene un sinfín de giros y de pruebas, por lo tanto, la persona que ama es capaz de superarlos y vivirlos. En el fondo, las vivencias de estos personajes, especialmente las mujeres, nos demuestran que el amor es un asunto trascendental en la vida de una persona porque implica la unión de dos existencias. Por otra parte, queda reflejada la importancia de la figura femenina en la familia, ésta no se puede comprender, ni ser una realidad, sin la mujer porque de alguna manera se refleja que *lo irreductible* de la mujer consiste en humanizar cada ambiente en el que ella se encuentra presente. Podemos decir que Wojtyla realiza un rescate de la mujer, explicitando que existe un modo de *ser universal*, pero a la vez, respetando la personalidad de cada una. La feminidad va más allá de las características corporales, de los roles y de los derechos, los cuales no se pueden negar; sin embargo la feminidad, para nuestro autor, es una *actitud* frente al *mundo*, y en *El taller del orfebre* esta idea se ha desarrollado patentemente al responder cómo la mujer vive —en su cuerpo, en su psique, en su alma- el mundo, por medio de la entrega hacia los demás y de la vivencia de su maternidad física y espiritual.

REFERENCIAS

- Bañares, J. I. (1987). Masculinidad y feminidad en el pensamiento de Karol Wojtyla. Presupuestos antropológicos. *Persona y Derecho*, 16, 85-153.
- Burgos, J. M. (Ed.) (2007). *La filosofía personalista de Karol Wojtyla*. Madrid, España: Ediciones Palabra.
- Buttiglione, R. (1992). *El pensamiento de Karol Wojtyla*. Madrid, España: Encuentro.
- Buytendijk, F. J. J. (1955). *La mujer. Naturaleza – Apariencia – Existencia*. Madrid, España: Revista Occidente.
- Dominguez, C. e Inostroza, J. C. (Eds.) (2011). *Actas del primer congreso chileno sobre la Familia*. Concepción, Chile: Ed. Universidad Católica de la Santísima Concepción.
- Guerra López, R. (2002). *Volver a la persona. El método filosófico de Karol Wojtyla*. Madrid, España: Caparrós editores.
- Le Fort, G. Von. (1965). *La mujer eterna*. Madrid, España: PATMOS-ediciones Rialp.
- Palacios, J. M. (2008). *La escuela ética de Lublín y Cracovia*. En *Bondad moral e inteligencia ética: nueve ensayos de la ética de los valores*. Madrid, España: Encuentro.
- Weigel, G. (1999). *Biografía de Juan Pablo II. Testigo de esperanza*. Barcelona, España: Plaza & Janés editores.
- Wojtyla, K. (2009). *Amor y responsabilidad*. Madrid, España: Ediciones Palabra.
- (1980). *El taller del orfebre. Meditaciones sobre el sacramento del matrimonio, expresada a veces en forma de drama*. Madrid, España: Biblioteca de Autores Cristianos (B.A.C.).
- (2011). *Persona y acción*. Madrid, España: Ediciones Palabra.

SOBRE LA AUTORA

Patricia Miqueles Maldonado: Es doctoranda en Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid, Máster en estudios avanzados en Filosofía de la misma Universidad (2012) y máster en Bioética y formación de la Universidad Católica de Ávila (2012). Licenciada en Historia por la Universidad Gabriela Mistral (Santiago de Chile, 2005). Ha sido docente de las cátedras Historia de la Familia y Cultura y Valores en la Universidad Santo Tomás (Santiago de Chile, 2008-2011), de Introducción a la Historia y Filosofía de la Educación en la Universidad Gabriela Mistral (2009 al presente), además de trabajar como docente en otras instituciones y colegios. Sus intereses son el estudio de: la cultura occidental y la vivencia de los trascendentales (verdad, bien y belleza), la historia de la familia en occidente: orígenes, ritos, costumbres; Iglesia católica: relación entre el poder temporal y espiritual; feminismo e ideología de género.